

«Vivir el Evangelio en la libertad y la solidaridad»

Simposio ampliado de los obispos europeos
(Praga, 7-12 septiembre, 1993)

Pascual Cebollada *

DESDE el Concilio Vaticano II, el Consejo de Conferencias Episcopales de Europa (CCEE) se había reunido siete veces. La octava ha querido hacerlo en Praga junto con otros sectores del Pueblo de Dios implicados en la construcción de Europa: sacerdotes, laicos y religiosos. Con un objetivo, al menos, triple: fomentar el encuentro entre las distintas vocaciones en la Iglesia, entre europeos del Este, del Centro y del Oeste, y tratar la cuestión de la libertad y la solidaridad en el continente. La distribución de cada día, con oraciones comunes, conferencias, grupos y sesiones plenarias, ayudó al conocimiento y escucha mutuos, fin primordial que se perseguía en el simposio.

En total participamos unas 300 personas, entre las que había siete cardenales, alrededor de 80 obispos, 45 sacerdotes, 60 laicos y 50 reli-

* Jesuita. Doctor en Teología. Madrid.

giosos, además de representantes de la Santa Sede, de la Conferencia de Iglesias de Europa (KEK) y un conjunto de expertos (por ejemplo, de la Asociación Europea de Teología Católica). Los distintos miembros, de mentalidades diversas, estaban integrados en sus respectivos organismos: el CCEE, el Consejo de Comisiones Presbiterales de Europa, el Foro Europeo de Comités Nacionales de Laicos y la Unión de Conferencias Europeas de Superiores Mayores. De España asistieron monseñor Elías Yanes, monseñor José Delicado, monseñor José Sánchez, don Joaquín Martín Abad, don José M.^a León Acha, la hermana Teresa Ruiz Ceberio, los padres Manuel Larrínaga y Pascual Cebollada, don Rafael Serrano, don Pedro León y doña Beatriz Pascual, además de la hermana M.^a José Arana, don Salvador Domato y don Juan J. Dorronsoro.

En Praga, encuentro de las Europas

EN la República checa —que cuenta con más de diez millones de habitantes— esta reunión ha sido un acontecimiento muy notable. A la recepción del día de la inauguración acudió el presidente Václav Havel, acompañado del primer ministro Václav Klaus y del de Cultura, Jindrich Kabat. Un abogado amigo nuestro, en cuya casa habíamos celebrado la Eucaristía hace cinco años, nos confirmó que el problema fundamental actual en las relaciones Iglesia-Estado es el del traspaso de bienes a la Iglesia, en cuyas negociaciones está participando él muy activamente. Las palabras que nos dirigió el ministro Klaus —un economista muy pragmático, menos simpático a la Iglesia que el humanista Havel— dejaban intuir estas dificultades. Al mismo tiempo, el Gobierno cedió el último día del encuentro dos aviones militares para trasladar a Velehrar a una delegación del simposio, que rezó junto a la tumba de San Metodio, co-patrón de Europa. Este santuario tiene mucha importancia simbólica, y allí anunció Juan Pablo II la Asamblea Especial para Europa del Sínodo de los Obispos, que tuvo lugar en 1991. También hubo contacto entre los asistentes al congreso y los cristianos de Praga, ya que el domingo fuimos distribuidos por más de veinte parroquias de la ciudad, participando en la Eucaristía y charlando después con las diferentes comunidades.

La elección del checo monseñor Miloslav Vlk como presidente del CCEE y, por primera vez, de una ciudad del Este como sede de una

reunión de este tipo, pretendían ya prestar una atención especial a los europeos orientales y fomentar el diálogo con los procedentes del Oeste. Tanto en los grupos de trabajo como en las sesiones conjuntas percibimos el interés y necesidad que tenían los del Este de explicar lo que habían vivido durante los últimos 50 años, su evolución, sus soluciones, su salida de la etapa anterior y su encuentro con los otros europeos.

El simposio empezó con polémica. La primera ponencia fue encargada a la profesora Jolanta Babiuch, socióloga y también hija de un antiguo primer ministro del régimen comunista polaco. Había sido recomendada por el cardenal Basil Hume (Westminster) y contaba con el visto bueno de su compatriota el cardenal Glemp. Su tarea consistía en exponer su punto de vista sobre los problemas de la Iglesia en cuestiones de libertad y solidaridad en la Europa del Este post-comunista. Fue crítica con la Iglesia católica, acusándola de tener poca fuerza intelectual y de no haberse comprometido mucho socialmente en el período de auge del comunismo. Refiriéndose al momento presente, señaló algunos peligros de la Iglesia, como la falta de confianza y esperanza, la preocupación excesiva por su organización interna y por la recuperación de propiedades (descuidando las relaciones con la sociedad y la sensibilidad social), o la necesidad de seguir teniendo «enemigos» —como el liberalismo— con los que enfrentarse. Entre los representantes occidentales, aplicando este discurso a sus respectivas situaciones, se aceptaron algunas de las críticas (nosotros diríamos la burocracia y atención a sí misma) y se rechazaron otras (la negligencia social, por ejemplo). Pero la gran mayoría de los procedentes del Este reaccionaron vivamente en contra, manifestando la parcialidad y el tono negativo del análisis de la ponente y la posición externa en la que se situaba, que la incapacitaba para comprender circunstancias muy complejas de las últimas décadas (en las que un buen número de los asistentes pasaron varios años en la cárcel). Unos días después vino la respuesta «semioficial» de la Europa del Este por medio de Tomás Halík, presidente de la Academia Cristiana checa. Teólogo —como los más conocidos Josef Zverina, O. Mádr y Josef Tischner— y sociólogo, ofreció un panorama más positivo de la actuación de la Iglesia, en el que tampoco faltaba la autocrítica ni el empeño en que aquélla se adapte ahora a la situación de la gente, en el estado actual de democracia frágil —con aumento del paro y de la violencia urbana— y esperanzada de estos países.

En las relaciones Este-Oeste hemos detectado no sólo interés y preocupación por lo vivido por los otros, sino también la existencia de miedos

y prejuicios mutuos. Por eso era tan importante escucharse y promover el frecuentemente repetido «intercambio de dones». La Iglesia ha participado en Europa occidental de una sociedad pluralista en la que se ha encarnado y en la que se ha esforzado por hacer el Evangelio fecundo y significativo. Dialogando con las Ciencias Antropológicas y Sociales, ha ideado y practicado concepciones teológicas y métodos pastorales muy elaborados. Pero es sospechosa de haber diluido excesivamente el mensaje cristiano en un terreno secularizado y de despreciar la espiritualidad cultivada en el Este. Por otro lado, la Iglesia de esta otra parte del continente, incomunicada del Oeste, ha acudido más explícitamente a las raíces bíblicas de la fe y a Dios mismo, ha luchado por defender su identidad y ha desarrollado una teología de la cruz. Pero es sospechosa de haber separado mucho lo profano y lo sagrado, de abusar ahora de un «complejo de mártires» (por otra parte, muy comprensible, dados los sufrimientos por los que ha pasado) y de querer imponer sus intuiciones espirituales al resto de Europa, del que no tendría mucho que recibir en este campo. Ciertamente, el intercambio no puede consistir sólo en «valores religiosos» por dinero, sino que debe aprovecharse de la experiencia generada por las situaciones de dificultades y aciertos en ambos lados durante los años pasados. Y más aún cuando las sociedades europeas se van pareciendo cada vez más y no existe prácticamente ya un «segundo mundo». El ejemplo siguiente muestra, sin embargo, la actual diferencia de perspectivas: En nuestro grupo de trabajo, al hablar de los objetivos a los que tenía que ayudar el simposio, un obispo eslovaco concluyó: «Ser santos y hacer santos a los demás». Inmediata y espontáneamente le contestó un alemán: «Sí, pero ¿cómo?».

Libertad y solidaridad

EN la declaración final del Sínodo Europeo de los Obispos de 1991, *Somos testigos de Cristo que nos ha liberado*, se decía: «A este propósito aparece decisivo el problema de la relación entre libertad y verdad, con demasiada frecuencia concebida en términos anti-téticos por la moderna cultura europea, mientras que, en realidad, libertad y verdad están de tal forma mutuamente ordenadas que no pueden ser alcanzadas la una sin la otra. Igualmente esencial es la superación de

otra alternativa, por otra parte, vinculada a la anterior, la existencia entre libertad y justicia, libertad y solidaridad, libertad y comunión recíproca. La persona humana, en efecto, de la que la libertad constituye la más alta dignidad, se realiza no en el repliegue sobre sí misma, sino en la entrega de sí» (cf. Lc 17, 33) (II, 4).

Continuando en esta misma dirección, en el simposio ampliado de Praga se propuso abordar las relaciones entre el Evangelio, la libertad y la solidaridad, ya que el primero de estos dos últimos valores ha faltado en el Este y el segundo en el Oeste. Varios meses antes del encuentro se repartió a todos los participantes un documento preparatorio muy interesante elaborado por el grupo que, dirigido por el profesor Jan Kerkhofs, ha estudiado los sistemas de valores en Europa. Su análisis sociológico no era de ninguna manera catastrofista, pero sí dejaba ver concepciones y prácticas de la libertad y la solidaridad que deben ser mejoradas. Al mismo tiempo, ofrecía pistas para enfocar estas cuestiones teniendo en cuenta los criterios y costumbres de las sociedades europeas de los primeros años 90. Dio pie a reuniones previas nacionales e incluso internacionales (de los laicos y los religiosos) de las que salieron los informes que cada sector presentó a todos en Praga.

¿Qué se dijo allí? Que libertad y solidaridad son dos virtudes esenciales a la persona y que están inspiradas y ejemplarizadas en la actitud y en la historia del Dios trinitario con el hombre, tal como aparece en la Escritura (por ejemplo, en Mt 5-7; Lc 4, 16-19; Ga 5, 13-26; Mi 6, 8; Mt 25, 31-46; Lc 10, 25-37; Flm, v. 17). Que han de ser promovidas en ambientes sociales europeos semejantes al español, en el que la búsqueda y la experiencia de Dios tienen lugar en un contexto de pluralismo cultural, de deseo de autenticidad y de autonomía personal (por ejemplo, en lo que respecta a la moral), de conciencia de solidaridad con las «grandes causas» (derechos humanos, ecología...), y también de desencanto y soledad, de aumento de necesidades materiales que acaban aislando al individuo, de competencia, de urgencia por sacar partido como sea de la única vida de que se disfruta (la de «aquí en la tierra»), de indiferencia hacia lo religioso (sobre todo, lo institucional).

Acerca de la libertad, se habló de la importancia de fomentar valores morales y espirituales que protejan la misma libertad, para que conduzca a la solidaridad (cardenal Hume). Varios grupos señalaron el valor testimonial que tiene el que la Iglesia sea un lugar de libertad, en la que sus miembros sean tratados como adultos que participan en el descubrimien-

to de la voluntad de Dios y en la que se cultiven el diálogo y la corrección fraterna mutua.

El término «solidaridad» es más nuevo (no aparece, por ejemplo, en la Biblia), y cada vez más actual, dada la interdependencia creciente en que vive la humanidad. Se indicó su carácter de elemento correctivo de una libertad mal entendida (monseñor Vlk), y se la designó como «la expresión práctica en el mundo de la comunión entre Dios y la humanidad» (cardenal Hume) o «el lugar de la conjunción de la justicia y la caridad» (cardenal Godfried Danneels, Malinas-Bruselas). Monseñor Paul Van den Berghe (Amberes) llamó la atención sobre el tipo de solidaridad «sobrenatural» que muestran textos como el del buen samaritano, muy diferente a la solidaridad «natural» según la cual unas personas forman grupos para enfrentarse a otras. Los religiosos —cuyo carisma calificó monseñor Vlk de «laboratorio de vida conforme al Evangelio»— insistieron en la relevancia de lo comunitario, el lugar privilegiado que deben ocupar los pobres en la Iglesia, la misión profética que corresponde a los cristianos —y que es irrenunciable para la vida religiosa— y la praxis en la que ha de desembocar la actitud de solidaridad. También se recordó que este valor supone un «sentirse responsable de los otros», así como el intercambio: no consiste sólo en dar, sino igualmente en dejarse «afectar» por los demás.

Muchas conclusiones

DADA la diversidad de procedencias y de talentos de los asistentes al simposio, se escucharon opiniones para todos los gustos. Aquí hemos recogido solamente algunas. Por otro lado, todo lo tratado tenía que concluir de alguna manera, aunque lo más importante del encuentro fuera el contacto de unos con otros. El documento final que el presidente de la CCEE leyó en la catedral de San Vito, junto a la sepultura del heroico cardenal Tomásek, abarcaba mucho (ya que quiso dar cuenta de lo que se había propuesto en los grupos y en los plenos), y por eso «apretaba» poco. Nosotros recogemos también algunas de estas y otras conclusiones que se manifestaron en el congreso.

Se habló de la necesidad de promover y construir espacios —institucionales o no— en los que puedan desarrollarse estos valores de libertad y

solidaridad. Como ejemplos se citaron la familia, las pequeñas comunidades, las peregrinaciones, los ejercicios espirituales, los sínodos diocesanos, el magisterio social de la Iglesia, voluntariados, o centros de formación política. Y situaciones que requieren ahora especial atención, como la protección de la vida humana, el paro, la de los migrantes y refugiados, los nacionalismos crecientes, el ecumenismo (piénsese en las dificultades que hay en el Este entre católicos y ortodoxos), la paz (particularmente en los Balcanes), la ecología o la promoción de la mujer. Para evitar perderse en las buenas intenciones generales, se recomendó experimentar las «pequeñas solidaridades» con las personas cercanas. Sin embargo, no se olvidó a los países del Sur, por los que Europa ha de sentirse muy afectada. Como gesto simbólico, se organizó una colecta en la ceremonia de inauguración que fue entregada al representante de Filipinas, invitado al simposio.

¿Y la Iglesia española? ¿Qué puede aportar a la construcción del continente? Pensamos que —entre otras cosas— su experiencia de una historia antigua de clericalismo y anticlericalismo social, de su reciente convivencia con los partidos políticos (concretada en las múltiples negociaciones y decisiones), y de su relación privilegiada con Iberoamérica.

La reunión de Praga ha sido un encuentro muy rico de cristianos, que ha contribuido a la unión de los europeos. Es bueno que hayan podido discutirse los problemas y celos mutuos. También que los diversos sectores y puntos de vista de la Iglesia se hayan escuchado. El simposio no pretendía más, pero en otros lugares deberán buscarse soluciones a las dificultades planteadas. Y no sólo en el interior de la Iglesia. Sería una pena que estas inquietudes de los cristianos no supieran ser traducidas, en un lenguaje más exotérico, a otras culturas y a ambientes no eclesiales, con los que se viva igualmente la solidaridad de la que se ha estado tratando.